

Actué con resolución mientras rociaba la superficie de la planta baja con el gasoil que guardábamos en los bajos del cuadrilátero, poniendo especial énfasis en los laterales del local. No era muy entendido en eso del fuego, pero creía que así debía ser si quería que las llamas lo engullesen todo. Que desapareciese de una vez por todas este lugar para terminar con la condena que me perseguía desde hacía tanto tiempo.

No era eso lo que tenía planeado. No así. Pero la vida me había demostrado, en más de una ocasión, que el destino, la casualidad o incluso el factor suerte poseían el poder de cambiar el rumbo de las cosas. El rumbo de la vida.

Observé el brillo que había adquirido el suelo a causa del combustible y sentí, por un instante, remordimiento. Traté de ahuyentar ese sentimiento tarareando una estúpida canción que estaba escalando posiciones en la radio para convertirse en la canción del verano.

Me situé en el fondo del local y saqué el mechero que había cogido del cajón de la entrada. Apunté con la llamarada del encendedor a una de las lonas que cubría la pila de colchonetas.

Las llamas no tardaron en aparecer. Sentí pánico. Y alivio. Como si me hubiesen quitado un gran peso de encima. También me invadió una profunda pena por todo lo que aquel lugar nos había dado. Una lágrima corría desbocada. Me froté los ojos que comenzaban a escocerme por el humo.

Intenté no pensar en los recuerdos que albergaba aquel lugar. En todas las ilusiones, el sacrificio y, por desgracia, también el desengaño. Me negué a aceptar que entre esas paredes se había gestado algo grande, porque sentía que todo aquello se

había vuelto diminuto a mis ojos. Insignificante. La oscuridad se había adueñado de mis pensamientos.

Instantes después de prender fuego, comencé a caminar marcha atrás, hacia la salida. No quería perderme ni un detalle del espectáculo que yo mismo acababa de provocar.

Alcancé la puerta y eché un último vistazo antes de abrirla. Me incliné para levantar la vieja persiana del local. Tiré hacia arriba con toda la fuerza que podía permitirme, pero se resistió. La maldita persiana. Intenté inhalar un poco de aire, pero lo único que conseguí fue que los pulmones se llenaran de humo. En medio de un ataque de tos, volví a empujar el metal hacia arriba. Nada. La persiana se había atascado. Me maldije por no haberla engrasado.

Pero ¿quién piensa que algo tan insignificante como una vieja persiana oxidada podría ser el motivo de una muerte no deseada?

Intenté respirar de nuevo. Pero la densa humareda, unida a una profunda angustia, anidó en mis pulmones, y en cuestión de segundos, todo se fundió a negro.

Y E R A

Unos meses antes

Otra vez lo mismo de siempre. Otra maldita mañana en la que mis pies se rebelaban contra mi voluntad y se empecinaban en anclarse al suelo justo en la entrada del club de boxeo. Con cara de pava, como un pasmarote, contemplaba el letrero del local mientras dejaba volar mi imaginación y me veía aparcando a un lado el pudor y atravesando la puerta del Club El Diablo.

Willy, Toro y Luna, los perros a los que paseaba todas las mañanas, tiraban de mí ajenos a mis divagaciones, pero yo estaba tan absorta en mis pensamientos que estuve a punto de perder el equilibrio y espatarrarme ahí mismo. Resoplé con fastidio. Tiré de ellos en un intento de imponerme y recobrar la compostura, pero lejos de obedecerme y agachar las orejas, uno de ellos, Willy, hizo algo que me dejó petrificada. No se le ocurrió otra cosa a mi querido *chow chow* que levantar la pata para orinar justo delante de la puerta del local. Cerré los ojos un par de segundos y arrugué la frente, como si así pudiese hacer desaparecer el inmenso charco que se había formado en la entrada del club. Pero no.

—¡Willy! ¡Maldito seas! ¿Qué has hecho? —lo reprendí con voz chillona intentando hacerme la dura.

El perro ladeó la cabeza y dobló una oreja mientras me miraba con ojos lastimeros. Me agaché dejando escapar un suspiro y acaricié su cabeza al tiempo que le pedía perdón.

Esa bonita y enternecedora estampa fue la que el chico del

club presencié cuando abrió la puerta desde el interior. Aunque, no sé por qué, me dio la sensación de que la imagen no fue del todo de su agrado. Clavó los ojos en el charco de orín para, acto seguido, lanzarme una mirada asesina que traté de contratacar con una sonrisa radiante y, por qué no decirlo, bastante fingida.

—Lo siento, lo siento. Ha sido sin querer. ¿Verdad, Willy?

Willy emitió un gemido propio del mejor perro actor de Hollywood.

—Más te vale limpiarlo.

—Sí, claro.

Saqué una pequeña botella de plástico de mi mochila y vacié su contenido sobre el charco, que hizo que el estropicio fuera aún peor. Parecía que habían inaugurado una piscina olímpica en la entrada del club de boxeo.

El chico puso los ojos en blanco y se giró con la intención de introducirse en el local de nuevo. No sé de dónde saqué el valor, pero algo me impulsó a actuar y, por fin, me atreví a hacer aquello que llevaba semanas intentando.

—Hola —articulé con un hilillo de voz—. Me llamo Yera. Quería informarme sobre las clases de boxeo.

Le regalé una sonrisa angelical que él observó ojiplático.

—¿Me estás vacilando? —bramó el chico con cara de pocos amigos.

—No.

—Sé quién eres —sentenció mientras me escudriñaba con la mirada—. Sé que llevas días espiándonos desde la otra acera. ¿Qué eres? ¿Una psicópata? ¿Una admiradora secreta?

—¿Qué? ¿Una admiradora? —Mis mejillas se encendieron como si un volcán estuviese a punto de entrar en erupción dentro de mi cerebro—. Pero ¿tú quién te crees que eres? ¿Rocky Balboa?

—No, para nada. Mi nombre es Eidan. —Me tendió la mano esbozando una sonrisa, y cuando me disponía a darle un apre-

tón de manos, el muy impresentable la retiró e hizo amago de atusarse el pelo.

Suspiré y conté hasta tres.

El simpático joven me dio la espalda y se metió en el local. Yo traté de contenerme, lo juro, pero las palabras salieron solas de mi boca como escupitajos de rabia.

—¿Así es como te ganas a tu clientela potencial? Claro, ¡como estáis tan sobrados de clientes!

Logré captar su atención y se giró hacia mí.

—¿Qué sabrás tú? —espetó con los brazos en jarra.

—Más de lo que te imaginas.

—Vale, muy bien, pues cuando necesite una asesora comercial ya te buscaré en el parque donde recoges la mierda de tus perros.

Me irritó. Me irritó tanto que me dejó sin palabras. Vale, lo reconozco. Este fue su primer *knockout*. Pero la batalla no había hecho más que empezar.

E I D A N

Eran casi las diez de la noche y hacía un buen rato que había bajado la persiana. Me encontraba en el mostrador de recepción organizando las actividades del mes siguiente. Mi padre se había dirigido al vestuario de las chicas para arreglar el grifo de una de las duchas que llevaba días goteando. Su movilidad estaba bastante mermada debido a la hemiplejía que padecía tras sufrir un derrame cerebral provocado por un mal golpe, pero se las apañaba bastante bien para hacer algunas chapucillas en el local y, de esa manera, nos ahorrábamos tener que pagar a un fontanero. Además, era una forma más de que él se sintiese útil y de que yo no tuviera que ocuparme absolutamente de todo.

Oí un sonido proveniente del exterior. Una especie de chirrido. Alcé la vista y vi unos pies que permanecían apostados tras la persiana. Mejor dicho, vi unas botas negras de tacón ancho. Y una de ellas repiqueteaba en el suelo sin cesar. Como una tala-dradora. La dueña de las botas sacudió la persiana con ganas y mis nervios comenzaron a aflorar.

—¡Holaaa!

No me lo podía creer. Reconocí al instante esa voz estridente. Sin ninguna duda, pertenecía a la loca de los perros.

Me incorporé de la silla y rodeé el mostrador para dirigirme a la puerta. Alcé la persiana lo suficiente como para toparme con sus ojos color miel.

—¿Está El Diablo?

—¿Qué demonios quieres?

—¡¡¡No!!! He dicho diablo, no demonio. —La chica soltó una

carcajada que interrumpió al percatarse de mi gesto serio. Entonces me di cuenta. Estaba borracha. Cojonudo. «Dios, espero que no se le ocurra vomitar en la entrada. Es lo único que me faltaba», pensé.

—¿Qué cojones quieres de mi padre?

—Ahhh, ¿es tu padre? ¡Qué monooo! —exclamó con un tono que casi hizo que se me escapara una sonrisa—. ¿Puedes abrirme? ¿Está dentro?

—Primero tendrás que decirme qué quieres.

—Ya te lo he dicho esta mañana, pero como no me has hecho ni caso, vengo a hablar con el dueño.

Antes de que pudiera contestar, mi padre se acercó atraído por las voces que oía desde el vestuario.

—¿Qué pa-pasa aquí? —preguntó intrigado sin poder disimular el tartamudeo que no dejaba de ser una secuela más de su lesión.

—¡¡¡Hola, Luis!!!

Ambos nos miramos con desconcierto. La joven alzó la mano para llamar su atención y saludarlo.

—Ábrela. Parece inofensiva —indicó mi padre ante mi más absoluta perplejidad.

—Pero...

—Eidan, ábrela, co-coño. ¿No ves que está montando un espectáculo en la calle?

Con desgana, abrí la puerta acristalada y elevé la persiana lo suficiente como para que ella entrase en el local. No pude evitar deslizar la mirada por todo su cuerpo. Lucía un ceñido vestido negro de manga larga que le cubría los glúteos y una mínima parte de los muslos. Su larga melena de color oscuro, casi negro, le caía en cascada sobre el pecho. No llevaba escote, pero eso no era impedimento para adivinar las sinuosas curvas que escondía aquel vestido.

Tragué saliva y desvié la mirada. Mi padre se acercó hacia nosotros con dificultad, apoyado en su muleta.

—Hola, Luis. Soy Yera —dijo mientras sacaba de su minúsculo bolso una pequeña cartera. Extrajo de su interior una fotografía—. Mira, ¿ves? Soy fan tuya desde que tenía cuatro años.

Observé atónito la imagen en la que un hombre de unos treinta años posaba junto a mi padre y llevaba una niña en brazos.

—¿Soy yo? —Mi progenitor inclinó la cabeza hacia delante e hizo un esfuerzo por enfocar la vista. La mala visión era otra de las secuelas que le había quedado tras el derrame cerebral—. ¿Barcelona?

—Sí, mi padre te esperó a la salida del combate solo para que yo te conociera. —Se llevó una mano a la boca para disimular un hipido. Después, soltó una risita—. No me dejaban entrar, claro. Pero fuiste muy simpático y te hiciste una foto con nosotros. Creo que es el primer recuerdo que guardo de mi niñez.

—Vaya. ¿Qué puedo decir? Me siento halagado. ¿Qué te parece, Eidan?

—Maravilloso —refunfuñé entre dientes.

—¿Y qué te trae po-por aquí? —indagó mi padre.

Yera guardó la foto de nuevo en la cartera y se apoyó con la mano derecha en el mostrador para conservar el equilibrio.

—Pues mira. Ya sé que no son horas. Ni maneras, claro. Pero resulta que le he dicho a mi novio que me voy a apuntar a boxeo. ¿Y sabes lo que ha hecho? Reírse de mí. —Su tez se iba enrojeciendo a medida que soltaba una retahíla de frases de forma atolondrada. Hablaba tan rápido que me costaba seguirla—. El muy imbécil se lo ha tomado a broma. Dice que cómo voy a estropear mi preciosa cara haciendo esa estupidez. Es un gilipollas.

—Desde luego que sí. —No pude evitar inmiscuirme en la conversación.

—Eidan... —me amonestó mi padre.

—¿Qué?

—He visto todos tus combates, Luis. Llevo toda la vida soñando con este día. —La chica parecía estar hablando con el mismísimo Dios. La voz se le quebraba por momentos.

—No es para tanto, chiquilla. Solo era uno más.

—No. Eras el rey del *ring*. Siento mucho lo del accidente.

—No fue un accidente —repuso mi padre agachando la cabeza.

—Lo sé —admitió la chica.

—Si quieres formar par-parte de este mu-mundo debes saber que ese tipo de *accidentes*, como tú dices, son bastante habituales. El boxeo no es ningún ju-juego.

—Lo sé, lo sé. Aunque no es algo que yo haya elegido. Es que... siento como si me hubiese elegido a mí. No sé cómo explicarlo. Jo, perdonad, es que estoy superpedo, pero por eso estoy aquí.

Yera gesticulaba mientras hablaba. Parecía ilusionada. A cada palabra que pronunciaba, parecían saltar millones de chispas de sus ojos. Yo la observaba con atención y no hubiera sabido decir si estaba atónito, exasperado o completamente hipnotizado por esa chica tan peculiar que se nos había colado en el club.

—Te haría una pru-prueba, pero es obvio que no estás en condiciones —comentó mi padre con tono condescendiente.

—¿En serio?

No daba crédito a lo que estaba presenciando. ¿Desde cuándo se dejaba impresionar por cuatro palabras bonitas y un par de piernas infinitas?

La intrusa se apoyó en el mostrador. Después, rompió a llorar y escondió la cabeza entre los brazos. Me enervé. Esa loca me estaba sacando de mis casillas.

Lancé una mirada de auxilio a mi padre para que se deshiciese de ella. Él, en cambio, se encogió de hombros y chasqueó la

lengua mientras negaba con la cabeza. Avanzó unos pasos y se colocó tras ella. Después, le dio unas palmaditas en el hombro.

—Mira, niña. No sé qué te pasa. O si podemos hacer algo por ti.

Yera elevó la cabeza y se giró hacia mi padre. Sus mejillas parecían arder y las lágrimas, sobre la fina piel de su rostro, se entremezclaban con los restos de la máscara de pestañas que unas horas antes habría enmarcado a la perfección esa mirada melosa y tan jodidamente bonita que tenía la chica.

—Lo siento, lo siento. Qué vergüenza, por favor.

Yera retrocedió unos pasos acercándose cada vez más a la salida. Giró hacia la puerta y se agachó un poco para no darse un golpe en la cabeza al salir. Pero lo hizo. Vaya si lo hizo. El cabezazo que se dio contra la persiana me dolió hasta a mí.

Así, como un vendaval, igual que había entrado, se marchó. Cruzó la carretera y su figura tambaleante se esfumó entre los árboles que presidían la entrada al parque de enfrente. Por un instante, dudé. Se me pasó por la cabeza correr tras ella y acompañarla. Iba tan borracha que no sabía si llegaría bien a su destino. Pero mi sentido común me impidió hacerlo.

Aún paralizado, dirigí la vista hacia mi padre, que permanecía en pie frente al mostrador como si hubiese visto un fantasma.

—Menuda zumbada —protesté mientras bajaba la persiana y oteaba el horizonte en busca de su silueta.

—Pues a mí me ha gustado. Tiene un brillo especial en los ojos —sentenció mi padre.

«Claro, del pedal que llevaba encima», pensé yo.

—Garra.

—¿Qué? —pregunté confundido.

—Esa chica tiene garra. Eso es. Es una fi-fiera.

Negué con la cabeza. No tenía argumentos para desmentir sus palabras porque yo también lo había sentido, aunque no estaba dispuesto a aceptarlo ante él. Ni siquiera ante mí mismo.

—¿Cómo se llamaba?

—Mmm... Creo que Yera o algo así —mascullé. Por supuesto que recordaba su nombre.

—Pues espero que vuelva mañana y que no haya sido solo una locura pasajera fruto de la borrachera.

Yo sabía que no era una locura pasajera porque hacía semanas que la veía merodear por el exterior del club. Siempre paseaba por allí con sus perros y más de una vez la había pillado mirando embelesada el letrero luminoso —que cada vez tenía menos de luminoso, pues la mitad de las bombillas estaban fundidas—. Sin embargo, no se lo quise comentar a mi padre para que no se hiciese ilusiones.

Últimamente estaba decaído, apático. Después de que su vida terminara de hacerse añicos aquella maldita noche, siempre parecía triste; pero las últimas semanas, lo veía peor. Recluido en su mundo y sin ganas de seguir luchando.

—Vámonos a casa —sugerí.

Cerré el ordenador y recorrí las instalaciones del club para apagar todas las luces. Estaba cansado. Mi padre también parecía estarlo. Se había dejado caer sobre la silla de recepción y se presionaba las lumbares al tiempo que un gesto de dolor se imprimía en su cara.

Tras salir del gimnasio, nos fuimos a casa en coche. El apartamento en el que vivíamos estaba a unos diez minutos, pero antes de llegar telefoneé a Sandra.

—¿Has hecho la cena? —le pregunté.

—No, todavía no. Iba a...

—No la hagas —la interrumpí—. Llevaré algo de la hamburguesería para los tres.

—Gracias, cariño. Pero no hace falta.

—Calla, anda.

Sandra se merecía eso y mucho más. Por aguantarnos; por

soportar los desplantes de mi padre; por tener que presenciar nuestras continuas discusiones. Ella era como un ángel y no sé qué hubiésemos hecho si no hubiera venido a vivir con nosotros cuando mi madre se marchó.

No podíamos prescindir de ella, a pesar de que nuestra economía no pasaba por su mejor momento. Para Sandra también éramos un pilar en el que apoyarse. Digamos que nuestra relación se basaba en una simbiosis necesaria para los tres, además de una amistad que aumentaba con el paso del tiempo. Sandra enviaba a su país parte del salario que le pagábamos para ayudar a los suyos, sobre todo, a la hija adolescente que había dejado en Colombia.

Se podría decir que los tres formábamos una especie de familia. No de las más tradicionales, pero sí de esas en las que tres almas impregnadas de soledad se unen para refugiarse en una coraza que las proteja del mundo exterior, de las mierdas de la vida. Juntos nos sentíamos cómodos... y a salvo.